

Entre los representantes del humanismo se puede citar al pedagogo Marycki y á Lucas Gorski (1525-1585) comentarista de Cicerón.

En las ciencias puede mencionar Polonia el nombre gloriosísimo de Copérnico (1478-1543). Alemania ha tratado de disputárselo; lo cierto es que había nacido en Torun (Thorn), que empezó sus estudios en Cracovia y que en esta ciudad bosquejó su gran obra sobre las *Revoluciones de los globos celestes*. Además, su familia era oriunda de Silesia, país completamente polaco.

Una sociedad educada en la escuela italiana no podía ignorar ni descuidar las bellas artes, pero el siglo XVI no vio florecer en Polonia artistas verdaderamente nacionales. Contentáronse con importar obras extranjeras, con llamar á artistas alemanes ó italianos. Lo más que podría reivindicar Polonia serían algunos grabadores ó escultores de segundo orden. Los católicos no

construyeron más iglesias; en aquellos tiempos de contiendas religiosas, se ignoraba en manos de qué confesión podrían caer. Los heterodoxos se establecieron en casas particulares. La fermentación de las ideas teológicas favoreció el desarrollo de la música sagrada; la Pequeña Polonia dió algunos compositores originales, como Gomolka, que puso en música los poemas de Kochanowski. La afición á la vida de sociedad se extendió en tiempo de la reina Bona y de su acompañamiento italiano. Se rompió con las tradiciones patriarcales; se quiso imitar el lujo y pompa de los extranjeros; los grandes señores tuvieron verdaderas cortes.

El desarrollo de la literatura y del espíritu público ejerció favorable influencia en los habitantes de las ciudades. Casi todos eran alemanes, y consintieron en hacerse polacos. Algunos de ellos pidieron al extranjero títulos de nobleza y sus nombres figuran hoy en el libro de oro de la aristocracia polaca.

#### BIBLIOGRAFÍA

OBRAS GENERALES.—DZIEDUSZYCKI, *Der Patriotismus in Polen*, Cracovia, 1884.—SCHIMMANN, *Russland, Polen und Livland*, 2 vol., Berlin, 1886-1887, col. Oncken.—CH. FORSTER, *Pologne*, en *l'Univers Pittoresque*, Paris, 1840.—SZUJSKI, *Histoire de Pologne* (en polaco), 4 vol., 1862-1866.—BOBRZYNSKI, *Histoire de Pologne* (en polaco), 2 vol., 1880.—CARO, *Geschichte Polens*, 5.ª parte, Gotha, 1888.

OBRAS ESPECIALES.—CZERNY, *Les régnes d'Albert et d'Alexandre* (en polaco), Cracovia, 1872.—KNIAZIOLUCKI, *Johann Albert, König von Polen, in seinen ersten Regierungsjahren*, Leipzig, 1870.—SZUJSKI, *La Renaissance et la Réforme* (en polaco), Cracovia, 1880.—JABLONOWSKI, *Les affaires de Volachie sous les Jagellons* (en polaco), Varsovia, 1878.—LISKI, *Etudes sur l'histoire du XVI<sup>e</sup> siècle* (en polaco), Posen, 1867.—WARNKE, *De ducis Michaelis Glinccii rebellionis*, Berlin, 1868.—TARNOWSKI, *Les écrivains politiques au XVI<sup>e</sup> siècle* (en polaco), Cracovia, 1886.—Del mismo, *Jean Kochanowski*, Cracovia, 1888.—L. LEGER, *Jean Kochanowski*, en los *Nouvelles études slaves*, Paris, 1886.—ALEXANDRE PRZEDZIECKI, *Les princesses Jagellones du XVI<sup>e</sup> siècle* (en polaco), Cracovia, 1868-1878.—EICHORN, *Der ermländische Bischof und Cardinal Stanislaw Hosius*, 2 vol., Mayence, 1855.—JOUKOVITCH, *Le cardinal Hosius et l'Eglise polonaise de son temps* (en ruso), Petersburgo,

1882.—HOSII, *Epistolæ*, publicadas por la Academia de Cracovia, 1879 y años siguientes.—E. DE NOAILLES, *Henri de Valois et la Pologne*, 3 vol., Paris, 1867.—W. ZAKRZEWSKI, *Les origines et le développement de la Réforme en Pologne* (en polaco), Leipzig, 1870.—LIUBOVITCH, *Histoire de la Réforme en Pologne* (en ruso), Varsovia, 1883.—J. BUKOWSKI, *Histoire de la Réformation en Pologne* (en polaco), 3 vol., Cracovia, 1883-1886.—KAREEF, *Esquisse d'une histoire du mouvement réformateur et de la réaction catholique en Pologne* (en ruso), Moscou, 1876.—DEMBINSKI, *Die Beschickung des Tridentinums durch Polen und die Frage vom Nationalconcil*, Breslau, 1883.—KANTECKI, *Die neapolitanische Summen*, Posen, 1880.—Consúltese también *l'Encyclopédie ecclésiastique de Pologne*, Varsovia, unos veinte volúmenes en publicación, y las bibliografías de M. Pawinski en la *Revue Historique*, de Monod.

HISTORIA DE LA LITERATURA POLACA.—MARYAN DUBIECKI, *Histoire de la littérature polonaise dans ses rapports avec l'histoire de la nation* (en polaco), Varsovia, 1888.—PYPIŃE ET SPASOVITCH, *Histoire des littératures slaves* (en ruso, t. III, Petersburgo, 1881, traducción alemana, Leipzig, 1882).—LAVOLLÉE, *De poetis latino-polonis*, Paris, 1872.—Del mismo, *La poésie latine en Pologne*, Paris, 1873.—RAPH LEWENFELD, *Lukasz Gornicki*, Breslau, 1884.



## CAPÍTULO XVIII

# MOSCOVIA

## El desquite contra los lituanos y los tártaros

(1462-1556)

### I.—Iván el Grande

MOSCOVIA EN 1462.—El Estado que el gran príncipe Wassili el Ciego dejaba á su hijo Iván III no puede llamarse *Rusia*, porque la mayor parte de los países rusos quedaban fuera de su dominio. Era sencillamente *Moscovia*. Formóse alrededor de la población de Moscou por su largo y paciente trabajo de reunión, que duró cerca de 200 años, desde fines del siglo XIII hasta los del XV. Este trabajo no afectó más que á los países de la nueva Rusia del Este ó de las selvas en los confines de la colonización eslava y de las razas *alógenas* (finesas y turcas) en la región que se llamaba entonces la *Susdalia*. En ello se habían empleado ocho reinados de príncipes anteriores á Iván III (1).

(1) Daniel, muerto en 1303, añadió al núcleo moscovita la ciudad de Kolomna y el principado de Pereiaslav-Zaslavski; sus hijos Jorge (1303-1326) é Iván (1326-1340) lo acrecentaron, uno con Mojaisk, otro con Uglitch, Galitch, y Bielozersk, junto al lago Blanco; después de Simeón el Soberbio é Iván el Bondadoso, Dmitri ó Demetrio el *Donskoi* con el resto del principado de Galitch, con parte del país mecheraco, quizá con Vladimir junto al Kliazma;

El Estado moscovita, al advenimiento de Iván III, ocupaba la corriente superior de varios grandes ríos rusos, como el Dvina septentrional, el Volga y el Oka, y el Don; pero no abarcaba siquiera cuanto se ha llamado más adelante la Gran Rusia ó Moscovia, porque en aquella Rusia, que reconocía al soberano de Moscou el título de gran príncipe (*velikii-kniaz*), había lo menos siete Estados que conservaban respecto á éste completa autonomía. Primeramente las tres repúblicas de Novgorod la Grande, Pskof (1) y Viatka (ésta dependiente de Novgorod). Estas repúblicas concedían al gran príncipe de Moscou el título vago de *gospodin* (señor pero no el más exacto de *goçudar* (soberano). Había además los cuatro principados de Tver, Rostof, Iaroslaf y Riazán cuyos

Wassili ó Basilio Dmitrievitch, con Murom, Susdal, Nijni-Novgorod, con varios distritos arrebatados á los príncipes de Tchernigof; por último, Basilio el Ciego con Vologda, Usting y Eletz ó Ieletz, en el Don.

(1) En capítulos anteriores hemos escrito con *v* terminaciones análogas. Ambas formas, destinadas á reproducir un sonido ruso intermedio entre *v* y *f*, están igualmente justificadas. Lo vicioso es transcribir estas terminaciones con las formas *v* y *ff*.

titulares no le daban más que el calificativo, no menos vago, de *hermano mayor*. Contrados de ellos (Riazán y más todavía Tver) los antecesores de Iván III habían sostenido una lucha por la existencia, ya en los campos de batalla, ya ante el tribunal del khan de la *Gran Horda*.

Una parte más considerable de los países rusos, casi todos cuantos habían formado la Rusia primitiva, la de San Wladimiro y de Iaroslaf el Grande, ni siquiera estaba unida con Moscou por aquellos lazos precarios de vasallaje ó fraternidad. Conquistadas en otro tiempo por los lituanos, unidas con la Lituania al Estado polaco, todas estas Rusias profesaban, como Moscou, la religión griega ortodoxa, pero tenían otro jefe religioso; frente al metropolitano de Moscou se erguía la otra sede metropolitana de Kief, el más antiguo de los países rusos. Aunque de lengua rusa y religión ortodoxa, formaban el sostén de la potencia más temible para sus hermanos de Moscovia; eran parte integrante de aquel vasto imperio que, formado por tres nacionalidades diferentes (y hasta cuatro con los alemanes de la Prusia polaca), podría llamarse el imperio *polaco-lituano-ruso*. Así es que los moscovitas llegaron á confundir á sus hermanos ortodoxos del Oeste en el odio que sentían por la Lituania conquistadora y por la Polonia católica. Todas aquellas Rusias para ellos eran la *sombria Lituania ó la infiel Polonia*.

Este imperio enemigo, que se extendía desde el Mar Negro hasta el Báltico, cerraba por completo á la Rusia del Este los caminos hacia Europa, el acceso á la civilización. Completaban aquel bloqueo de Moscovia: la orden alemana de los caballeros Porta-Espada, dueña de Livonia, de Estonia y de Curlandia; La Prusia Oriental, que pertenecía á la orden teutónica y había de formar el núcleo del Estado prusiano, y las posesiones de Suecia, que formaban un lindero desde las bocas del Neva hasta el fondo del Golfo de Botnia.

Por el Este estaba cercada también Moscovia por las hordas ó zaratos musulmanes de Kazán, Saray y Astrakán, de los nogais y de los tártaros de Crimea, que se prolongaban desde las bocas del Dniester hasta el

estrecho de Ienikalé. Los khanes de Crimea, que habían aceptado el protectorado del sultán osmanli, y podían contar en caso necesario con el auxilio de sus genízaros, de su escuadra y de su formidable artillería, formaban como la vanguardia de la Rusia del inmenso imperio otomano.

De modo que la Moscovia de los grandes príncipes formaba un Estado que ni siquiera era compacto, por tener enclavados en su territorio á Rostof y á Iaroslaf. Por la parte del Oeste, quedaba demasiado más acá del Duna y del Dnieper. Estaba lejos de todos los mares; el mar Blanco era novgorodense; el Báltico, sueco, alemán y polaco; el Negro, tártaro y turco; el Caspio, tártaro y persa. Era, pues, Moscovia un Estado completamente terrestre, rural y de limitadísimo horizonte. Y pesaba sobre él el yugo tártaro, por seguir siendo una provincia del imperio mongólico; debía obediencia y tributo al khan de la Gran Horda. Á pesar de su religión, era más asiático que europeo. Miraba más bien al Asia, de donde habían venido contra él tantas invasiones y en cuyo umbral residía el khan de Sarai, su soberano musulmán.

Todo iba á cambiar con Iván III. Sus antecesores habían merecido el sobrenombre colectivo de «juntadores de la tierra rusa». Él había de ser el juntador por excelencia. Había de juntar los trozos dispersos de tierra rusa, á costa: 1.º, de los príncipes patrimoniales de su propia casa; 2.º, de las casas rivales de la suya; 3.º, de las repúblicas rusas; 4.º, del Estado polaco-lituano-ruso. Sobre todo había de emancipar á Rusia de un vasallaje odioso, acabando con el yugo tártaro.

**LUCHA CON LOS PRÍNCIPES PATRIMONIALES.**—Una causa íntima de debilidad para el gran principado consistía en que sus soberanos no se habían elevado todavía hasta la idea del Estado indivisible. Los más empeñados en «juntar la tierra rusa» desmembraban luego su reino, distribuyéndolo en dominios á sus hijos. Nadie experimentó tan cruelmente aquel error político como Basilio el Ciego, padre de Iván III. Y sin embargo, no dejó de aplicar el mismo sistema de constitución de dominios. Dejó la corona y la

mejor parte de la herencia á su primogénito Iván III, pero asignó patrimonios á los demás: á Iouri, Dmitrof, Mojaïsk y Serpoukhof; á Andrés el Viejo, Ouglitch; á Boris, Borovsk; á Andrés el Joven, Vologda; á su viuda, un vasto dominio. Iván III tuvo que emprender contra sus hermanos la labor de Penélope: la destrucción de patrimonios. Con una política tenaz é inexorable, llevó á término la obra. En 1472 murió Iouri sin hijos varones, é Iván III se apoderó de todo su dominio. Empuñaron las armas sus otros tres hermanos, pero los aplacó dándoles algunas migajas de territorio. También se modificó bajo otro aspecto el derecho antiguo. Hasta entonces los boyardos (hombres de armas) y servidores de condición libre habían podido pasar del servicio de un príncipe de la casa reinante al de otro príncipe; Iván III no consintió que nadie abandonara su servicio, ni por el de sus hermanos. Planteóse el caso porque el príncipe Lyk Obolenski, oficial de Iván III, creyó poder pasar á las órdenes de Boris. En opinión del gran príncipe, *cambiar era traicionar*, y desde aquella época la palabra rusa *izmiénit* tiene ambas acepciones. Iván III mandó prender al «traidor» y lo encadenó en Moscou. Para defender el derecho antiguo, el de heredar, el de aceptar á los servidores ajenos, empuñaron las armas Boris y Andrés el Viejo. Hicieron algo más grave, que fué entenderse con los rebeldes de Novogorod y llamar en su auxilio al rey de Polonia, ofreciéndole pasar á su servicio. Esta manera de entender el derecho á *cambiar* era efectivamente una *traición*, en el sentido moderno de la palabra. Provocaban una invasión lituana en el mismo momento en que se veía amenazado Moscou por una invasión tártara. Iván III, ante semejante peligro, tuvo que transigir otra vez.

Sin embargo, el nuevo derecho que quería

imponer adquiría diariamente mayor autoridad. Los mismos que lo habían discutido con tanto ardor no se atrevían á infringirlo. Cuando Andrés el Joven murió sin hijos en 1481, dejaba por testamento toda su herencia al gran príncipe. Cuando murió la gran princesa viuda en 1484, Iván III ocupó sus dominios. En 1491, Andrés el Viejo, cuyo contingente había reclamado Iván para combatir á los tártaros, no se lo envió. Después de la victoria del gran príncipe, sobrecogido de terror corrió á Moscou, como suplicante. Iván III lo acogió bien, le convidó á comer

y conversó larga y familiarmente con él. Después de la comida salió Iván, y entraron en el comedor unos hombres que se apoderaron de Andrés. Éste fué metido en la cárcel, donde murió en 1494. Cuando Iván III supo esta muerte, acelerada quizá por orden suya, reunió al clero, y con los ojos bajos y las mejillas llenas de lágrimas, hizo confesión pública, acusándose de haber sido cruel con su hermano. Aceptó humildemente una penitencia, pero no soltó á los hijos de Andrés, que

también estaban presos, y se quedó con la herencia. Cuando al poco tiempo (1497) murió el cuarto hermano, Boris, Iván III se apropió su dominio, pero indemnizó á sus dos hijos, dándoles otras tierras, lo bastante dispersas para que no pudieran tener dominio compacto. Uno de los dos hijos de Boris murió en 1508 y dejó toda su herencia al gran príncipe. Finalmente, el príncipe de Vereya, tío de Iván III, murió en 1485, y se vió obligado á dejar por testamento su Estado al gran príncipe, desheredando á su propio hijo. Los príncipes con patrimonio de la casa de Moscou habían dejado de ser rivales para el gran príncipe.

**LOS PRÍNCIPES DE LAS DEMÁS CASAS: TVER, RIAZÁN, IAROSLAF, ROSTOF.**—De las demás casas rusas, la más poderosa era la de Tver. Dominaba el Volga, aguas arriba de Mosco-



Casco del Museo de Artillería de París

via, y podía armar hasta 40.000 jinetes. Ardiente había sido su rivalidad con la casa de Moscou; el príncipe Miguel de Tver (San Miguel) había sido ajusticiado el año 1319 en la Horda, por instigación de Jorge Danilovitch, de Moscou; su hijo Demetrio, el de los ojos terribles, había sufrido la misma suerte por haber vengado á su padre en Jorge Danilovitch; su hijo segundo, Alejandro, había visto sus Estados arruinados por los tártaros y por Iván de Moscou, y había sido ejecutado en la Horda el año 1338 con su hijo Fedor. Entonces sus demás herederos, inclinando la cerviz bajo la doble coacción de la Horda y de Moscou, habían renunciado á toda pretensión al título de gran príncipe de Susdalia, y habían enviado al Kremlin de Moscou, en señal de sumisión, la gran campana de Tver. La lucha había vuelto á empezar en tiempo de Demetrio Donskoi; Miguel de Tver había tomado el título de gran príncipe de Tver, se había aliado con Olgerd de Lituania y tres veces había assolado la tierra hasta junto á los muros de Kremlin. Sitiado á su vez en Tver, había tenido que firmar el tratado de 1375, en que reconocía á Demetrio Donskoi como á hermano mayor y se comprometía á tener los mismos amigos y enemigos que éste. El recuerdo de tales ejecuciones y tales guerras estaba todavía muy presente en tiempo de Iván III. En la catedral de Tver, el relicario de San Miguel, príncipe mártir, recordaba lo que Moscou había hecho padecer al principado y á la dinastía. Sin embargo, en aquella época, el príncipe de Tver, Miguel Borissovitich, era casi un niño, é Iván III era el marido de su hermana; las relaciones entre ambos países eran buenas; el contingente de Tver había combatido muchas veces bajo las banderas de Moscou. Precisamente aquella paz tan profunda había de ser funesta al más débil de ambos Estados. Los vasallos de Tver, príncipes boyardos, aburridos de su inacción forzosa y comprendiendo que estaban contados los días de la independencia de Tver, pasaban uno tras otro al servicio de Iván III. El principado se quedaba sin hombres, sobre todo sin hombres de guerra, en beneficio de Moscou. Cuando Miguel de Tver llegó á la mayor

edad, comprendió que la alianza con Moscou nunca había de ser beneficiosa para él. Hasta 1477 no confinaba con Moscovia más que por un lado; pero cuando ésta hubo conquistado á Novogorod y Pskof, Tver se encontró como enclavada. Ya no tenía libre la frontera más que por la parte de Lituania. El príncipe de Tver resolvió aprovechar esta única probabilidad; celebró con el rey Casimiro IV un tratado de alianza y le pidió la mano de su hija. Inmediatamente le declaró la guerra Iván III. El resultado de ésta no podía ser dudoso. El polaco estaba lejos y el moscovita cerca. Además, tal alianza con la católica Polonia sublevaba contra Miguel á sus propios súbditos, muy allegados á la ortodoxia, sobre todo al clero que consideraba al metropolitano de Moscou como su jefe religioso. Cogido de improviso por la invasión moscovita, Miguel solicitó la paz, y la alcanzó, pero con condiciones que consagraba su sujeción (1483). Inmediatamente reanudó sus negociaciones con Casimiro IV, pero fueron interceptadas sus cartas. Iván se puso de nuevo en campaña con un poderoso tren de artillería mandado por el italiano Fioraventi. En Septiembre, acampaba junto á los muros de Tver; á los tres días los príncipes y boyardos que le quedaban á Miguel salieron de la ciudad y suplicaron al gran príncipe que los tomara á su servicio. Miguel, abandonado por todos, huyó y fué á acabar sus días á Lituania. Sin efusión de sangre, todo el país quedó anexionado á Moscou.

El principado de Riazán era más sólido que el de Tver, porque llevaba 400 años de existencia, y bajo la égida de la dinastía había podido formar una pequeña nación. Sus príncipes también habían tenido que luchar contra Moscou que les había hecho no poco daño. Iaroslaf había muerto en las cárceles de Jorge Danilovitch; el hijo de Iaroslaf había sido ejecutado en la Horda por instigación de Iván Danilovitch. Los príncipes de Riazán se habían mostrado en general menos escrupulosos ó más hábiles que los de Tver, y solían estar aliados con la Horda. Así hizo Oleg, que en la época de la batalla de Kulikovo hizo traición á la causa de Rusia y de la ortodoxia por exceso de

patriotismo riazanés, y ayudó luego á los tártaros á desquitarse de Kulikovo. Sin embargo, también Riazán había empezado á sufrir el ascendiente de Moscou en tiempo del padre de Iván III. En 1456, Basilio el Ciego había hecho que le entregaran, para criarlo en la corte, al heredero del principado, Basilio Ivanovitch, y hacía administrar el país por *namiestniks* (virreyes) moscovitas. Podía temerse que Iván III llegara más lejos que su padre y despojara al joven príncipe, pero comprendió que el quedarse con éste no le daría el principado, que el patriotismo riazanés se indignaría y recurriría al auxilio de los tártaros. Mandó á Basilio á sus Estados, después de casarlo con su hermana Ana, y tuvo en él un aliado fiel y valiente. Cuando murió Basilio (1483), después de haber repartido el país entre sus dos hijos, Iván III quedó, por ser hermano de su madre, como tutor de ambos príncipes. De éstos, murió Fedor en 1503, nombrando heredero á un tío materno, ó sea al gran príncipe de Moscou. De modo que Iván III, sin combatir, anexionaba á su dominio el tercio del principado y con esta adquisición envolvía lo que quedaba y lo aislaba de la Horda. Para adquirir lo que le faltaba no necesitaba más que paciencia.

Menos obstáculos encontró en los principados de Iaroslaf y Rostof. Éstos no lindaban con la Horda ni con Lituania, ni podían aguardar auxilios de éstas. Estaban sencillamente enclavados en el dominio de Moscou. Negociando, y casi comprándolos, adquirió Iván el primero en 1463 y el segundo en 1474.

NOVOGOROD LA GRANDE.—De todos los Estados rusos, el más poderoso después de Moscou era Novogorod la Grande (1). Situada junto al Volkhof á su salida del lago Ilmen, colocada en el centro de una red de lagos y de corrientes de agua, resguardada de los piratas del mar, pero comunicándose con el Báltico por el Volkhof, el lago Ladoga y el Neva, esta ciudad era mediadora obligada del comercio de toda Rusia con la Hansa germánica, es decir, con todo el Occidente. Por los ríos rusos que se dirigen al

(1) Mejor debería llamarse Novogorod el Grande (*Novogorod Velikii*).

Sur, se comunicaba á través de la Rusia lituana y los territorios tártaros, con el mar Negro, con el imperio bizantino ó turco, con Oriente. Al Norte de Rusia poseía todo un imperio que abarcaba el mar Blanco y empezaba á pasar del Ural. La otra república de Pskof era su hermana menor y Viatka era su colonia.

La organización de Novogorod era de las más extrañas. Era una república y un principado á un tiempo. Como en la Rusia primitiva, cuyo recuerdo tendía á abolir el nuevo sistema moscovita, el *pais* era cosa distinta del *príncipe*. Eran dos gobiernos yuxtapuestos; la única misión del príncipe era defender al país contra el enemigo del exterior y hacer que reinara la paz en el interior. Era lo que el *podestà*, llamado de fuera, en ciertas repúblicas italianas. Al tomar posesión de su cargo había de jurar observar las leyes y los privilegios otorgados por Iaroslaf el Grande. Aquello se parecía á los *pacta conventa* de Polonia, otra república principesca. Los derechos del príncipe se determinaban con todo rigor: cobraba el producto de ciertas multas judiciales; administraba y percibía las rentas de algunas bailías, pero no de todas, de modo que tenía su hacienda propia, sus tribunales formados por sus *tiouns* (thanes, condes, jueces), tenía su ejército propio, que era su *droujina*.

Frente á él conservaba el *pais* su organización. El país tenía su *vetché* ó asamblea de ciudadanos, que se reunía á toque de campana, y en la cual se deliberaba tumultuosamente sobre los asuntos públicos, en que la mayoría empleaba á veces la fuerza para someter ó destruir á la minoría, pues existía, como en Polonia, la práctica del *liberum veto*. Tenía su milicia nacional, formada por boyardos y burgueses. Tenía sus magistrados: el *possadnik* ó *burgomaestre*, que dirigía la diplomacia y mandaba en jefe la milicia; el *tysatsky* ó *herzog*, segundo comandante de la milicia y presidente del tribunal burgués; los *sotniki* ó centeneros, capitanes de las compañías; los *starostes*, especie de alcaldes de distrito, á razón de uno por barrio. Tenía su ley particular, que era la *Soudebnáia Gramota*, atribuida á Iaroslaf el Grande.

El país no estaba muy unido. Novogorod tenía sus clases sociales: sus *boyardos*, análogos á los magnates de Polonia ó á los patricios de las ciudades italianas; sus *pequeños boyardos*, pequeña nobleza militar, especie de *szlachta* á la polaca; su *tchern*, ó pueblo negro, la plebe. Los boyardos tenían sus *droujinas*, ó grupos armados; los mercaderes y artesanos estaban agrupados en *ghildes*; excelente organización para una guerra civil. Agréguese á esto una Iglesia, secular y regular, muy rica, muy independiente, muy nacional, muy novogorodense y cuyo jefe ó arzobispo, no siempre muy dócil con su superior natural el metropolitano de Moscou. Esa era Novogorod la Grande, cuyos ciudadanos solían decir: «¿Quién puede compararse con Dios y con Novogorod la Grande?»

Aquellos republicanos no podían pasarse sin príncipe. No sabían vivir con él ni sin él. Más de una vez lo combatieron, lo encarcelaron en el palacio episcopal, y lo expulsaron «saludándole y enseñándole el camino». Inmediatamente se ponían á buscar otro príncipe. En otro tiempo se dirigían indistintamente á todas las casas principescas de Rusia, pero como los lituanos habían conquistado la occidental y la meridional, su elección tenía que reducirse á la casa de Moscou. No discutían la soberanía de ésta, y le entregaban su parte alicuota del tributo tártaro y de ella aceptaban príncipes. Pero la casa de Moscou representaba un sistema de gobierno cada vez más contrario al suyo. Poco á poco hizo sentir su yugo á aquellos altivos republicanos. No les mandaba como representante á un príncipe de su familia, sino á un *namiestnik*, que era una especie de vice-príncipe, algo más que un mero vaivoda (gobernador). Basilio el Ciego ya había obligado á Novogorod á reconocer la supremacía del metropolitano de Moscou en materia de jurisdicción eclesiástica, á borrar las disposiciones de la *vetché* que tendían á limitar el poder del príncipe, y á refrendar con el sello del gran príncipe las resoluciones de la república (Tratado de Iajelbitsy 1456.) Además había instalado á uno de sus hijos como príncipe en Pskof, obligando á Viatka á pagar el tributo y á suministrar el contingente militar. Sin embargo, el gran

príncipe de Moscou seguía siendo nada más que *gospodine*; el verdadero *goçoudar* era todavía Novogorod. Constituía aquello una situación singular: por su idioma, que era el dialecto de los grandes rusos, por su respeto á la sangre principesca de Moscou, por su tributo, que á Moscou iba, por su sumisión espiritual al metropolitano moscovita, formaba parte Novogorod del sistema de la Rusia del Norte; y sin embargo, por sus costumbres republicanas, sus clases sociales que reproducían las de Polonia, su *vetché*, que era un diminutivo de la Dieta polaca, por sus hábitos de turbulenta libertad, por la convicción de que la prosperidad de su comercio dependía de sus instituciones liberales, Novogorod debía sentirse atraída más bien hacia la república real de Polonia. De ahí sus perpetuas oscilaciones entre Polonia y Moscou. Se habían de considerar como crímenes; había de verse acusada de cambio, de traición y castigada cruelmente.

SUMISIÓN DE NOVOGOROD Y VIATKA.—Cuando nació Iván III, en 1440, un fraile anciano tuvo en Novogorod la revelación instantánea de este hecho, y fué á decir á su arzobispo: «Hoy triunfa el gran príncipe. Dios le ha dado un heredero... Someterá á príncipes y pueblos. Pero, ¡pobres de vosotros! Novogorod caerá á sus pies y no volverá á levantarse.»

La creciente anarquía de la ciudad favoreció las ambiciones de Iván. Como en las repúblicas italianas de la decadencia, los partidos novogorodianos habían llegado á tal complicación por el predominio de los intereses privados, que el historiador no puede darse cuenta clara de todo aquello. Sin embargo, había dos partidos que al parecer habían dominado á los demás: uno, defensor de los derechos de Moscou, por interés de la paz pública; otro, que por temor á la autocracia naciente, tendía á aproximarse á Polonia. Pertenecían al primero el arzobispo, el clero, la clase media, oprimida por los grandes; al segundo los boyardos, los *pequeños boyardos*, parte de los negociantes que temían las exigencias y los caprichos económicos de Moscou, y por último, lo más turbulento de la plebe. Al frente de este partido estaba Marfa, viuda del *possadnik* Boretski,

madre de hijos ya mayores, muy rica, audaz y elocuente, dueña soberana de numerosos clientes. Desemascaróse este partido al morir Jonás el arzobispo, muy devoto de Moscou. Trabajó para sustituir al *namiestnik* de Iván III con un príncipe pedido á Lituania; en cuanto á la sucesión al solio arzobispal, quiso que el nuevo elegido fuera consagrado, no por Felipe, metropolitano de Moscou, sino por Gregorio, metropolitano de Kief. Pero Pimeno, su candidato á la sede arzobispal, fué derrotado por Teófilo, del partido moscovita, y éste decidió que fuera consagrado en Moscou.

Entretanto Marfa excitaba á los boyardos é hijos boyardos y prodigaba el dinero y el vino á la plebe. Se tocaban las campanas, se reunían asambleas ruidosas y se gritaba: «¡No queremos gran-príncipe! ¡Queremos un rey!» Al fin una *vetché* tumultuosa decidió reconocer príncipe de Novogorod al rey de Polonia. Se celebró con él un tratado sobre la base de los antiguos pactos con Moscou, pero por consideración á las preocupaciones ortodoxas, se introdujeron en él ciertas garantías: el *namiestnik* del rey había de ser de religión griega; podrían acompañarlo, como de costumbre, un *tioun*, un *dvorestki* (mariscal de palacio) y una *droujina*; pero ésta no podía exceder de cincuenta hombres.

De modo que en Novogorod ocupaba Polonia el lugar de Moscou. Iván puso mano en el asunto, pero con toda clase de precauciones y miramientos, escribiendo á los novogorodenses para recordarles los tratados anteriores y los derechos seculares de la casa de San Vladimiro. Hizo que el metropolitano escribiese al arzobispo, al clero, á los boyardos, á los mercaderes; su padre espiritual les conjuraba para que defendiesen con firmeza la causa de la ortodoxia. Tales exhortaciones hicieron efecto en la mayoría de la población, pero el partido de Boretski persistía en gritar: «¿Es Novogorod patrimonio del gran príncipe? ¡Somos hombres libres! ¡Queremos al rey!»

Iván III armó su ejército. Cuidó de llevar consigo al *diak* Esteban Borodaty, muy versado en las crónicas rusas, para que supiera recordar á los novogorodenses los preceden-

tes históricos. Había reclamado el contingente de los pskovianos, y éstos, que comprendían que la pérdida de la libertad novogorodense les ocasionaría igual perjuicio, empezaron por solicitar que se les permitiera emplear su mediación cerca de Novogorod. No se les hizo caso.

Novogorod contaba con el auxilio de Casimiro IV, que no les ayudó. Lo mismo hicieron más adelante los de Tver. Pskof, la «hermana menor», envió su contingente al ejército de Iván.

Nada atajó la invasión de los moscovitas. Empezaron por derrotar en Korostyn á la caballería de Novogorod. Exasperados contra estos traidores á la ortodoxia, les cortaban á los prisioneros la nariz, los labios y las orejas, y devastaban cruelmente el país. Á orillas del Quelona había tomado posesión el gran ejército de Novogorod, que constaba de 30.000 hombres, pero entre ellos había muchos artesanos, como carpinteros, alfareros y curtidores, á quienes el partido de Boretsky había alistado á la fuerza, amenazando con echar á los recalitrantes al Volkhof. Un solo cuerpo de ejército de Moscou, de 5.000 ó 6.000 hombres, bastó para derrotarlos. Los vencedores cogieron muchos prisioneros, entre ellos á un hijo de Marfa y la mayor parte de los cabecillas nobles (Julio 1471). Iván III mandó decapitar á Boretski y á varios jefes; otros fueron encarcelados, y la gente baja fué puesta en libertad.

Novogorod estaba á merced de Iván III; el partido de Moscou recobró la superioridad y decidió mandar al gran príncipe una embajada para tratar de la sumisión, á la cual recibió en Korostyn. En Agosto de 1471 se firmó la paz; se restableció el antiguo orden de cosas; es decir, que volvió á regir el tratado de Iajelbitsy; además se comprometieron los novogorodenses á no intrigar más con el rey de Polonia; y á que siempre fuera consagrado su arzobispo junto al sepulcro de San Pedro en Moscou. Pagaron una fuerte contribución de guerra. El gran príncipe les devolvió todos los territorios que les había conquistado. Iván III no entró en Novogorod, y se conformó con enviar á un boyardo que tomara juramento á los habitantes.

Usaba, pues, moderadamente de la victoria, pero se reservaba dejar que se desarrollasen sus consecuencias. En apariencia, quedaban sencillamente restablecidas las relaciones normales entre el gran príncipe y la república. Pero Iván III tenía entonces en la ciudad un partido poderoso, triunfante con la victoria de Moscou. En 1475 las facciones llegaron á las manos; sus partidarios fueron derrotados y saqueados. De pronto, en otoño, apareció con imponente séquito ante los muros de la ciudad, donde hizo su entrada con gran aparato, fué á rezar á Santa Sofía y se instaló en el *Goroditchché* (castillo del príncipe). Después de una información mandó prender á un Boretski y á otros tres cabezallas. Otros muchos fueron dejados en libertad bajo fianza. Mandó juzgar á los culpables con arreglo á la ley de Iaroslaf. Todo se hizo, pues, con completa legalidad, pero la novedad consistió en llevar á los culpables á la cárcel de Moscou. Luego se volvió á marchar Iván.

La circunstancia de haber administrado justicia personalmente en Novogorod había de tener graves consecuencias. El que tuviese que formular una queja en adelante, no se dirigiría á la justicia local: iría á buscar al juez supremo en el Kremlin. El camino de Novogorod á Moscou no tardó en verse cubierto de demandantes, á quienes recibía y juzgaba Iván; conquistaba á Novogorod á distancia y por medio de la justicia.

En 1477 se presentaron en el Kremlin Nazario y Zacarías, diciendo que los enviaban el arzobispo y todo el pueblo de Novogorod. En sus peticiones ya no llamaban á Iván *gospodine*, sino *goçoudar*. El gran príncipe aprovechó la ocasión y mandó á Novogorod dos boyardos, acompañados del diak Basilio Dalmatof, encargados de preguntar á los ciudadanos cómo entendían el *goçoudartsvo*.

El partido oligárquico comprendió que se le tendía un lazo; reunióse una *vetché* tumultuosa, y cuantos habían ido á Moscou á ser juzgados, y á quienes se acusaba de haber tratado al gran príncipe de *goçoudar* fueron detenidos, maltratados, y algunos de ellos muertos. Se hizo entender á Iván III que nunca se había pensado considerarlo como *goçoudar*, y que los que le habían dado

semejante título habían sido castigados como traidores.

Iván reunió en el Kremlin una gran asamblea de prelados, boyardos y mercaderes; expuso la injuria que le dirigían los novogorodenses acusándolo de impostura; se votó la guerra con entusiasmo, como una guerra santa contra los aliados de Lituania y Roma. Al aproximarse el ejército moscovita (Octubre 1478) numerosos boyardos y otros ciudadanos salieron de Novogorod y se pasaron á su campo. Se atravesó el lago Ilmen sobre el hielo (Noviembre) y acamparon frente á la ciudad. Novogorod, dividida, desarmada, impotente, se vió obligada á entrar en tratos. El arzobispo Teófilo, en nombre del clero parroquial y de los monasterios, había ido á saludar á Iván III como *goçoudar* y «gran príncipe de toda la Rusia». No se facilitó con eso la tarea de los negociadores novogorodenses, que consistía en salvar la independencia. Iván les comunicó su voluntad en los siguientes términos: «Ya que os arrepentís y queréis saber en qué forma pensamos ejercer el *goçoudartsvo* en Novogorod, *patrimonio nuestro*, sabed que queremos hacerlo como en Moscou.» Y como insistieran, temiendo comprender, les respondió con aterradora claridad: «Nuestro *goçoudarstvo* será el siguiente: no habrá en Novogorod *vetché* ni *possadnik*; toda la autoridad será nuestra; administraremos los distritos y los pueblos como en Moscovia.» Los novogorodenses lucharon otra semana contra el inevitable desenlace.

Pero tuvieron que reconocer su impotencia. Sus diputados fueron á expresar su sumisión, y los boyardos se limitaron á pedir el mantenimiento de sus privilegios y posesiones, lo cual se les concedió. Rogaron al gran príncipe que jurara observar el tratado, pero se negó rotundamente. Se limitaron á pedir que siquiera sus boyardos jurasen por él; nueva negativa. Solicitaron que prestara juramento el futuro *namiestnik*; también se negó. Además, Iván III detuvo durante dos semanas, como rehenes ó como prisioneros de guerra, á los enviados novogorodenses. Aguardaba que en Novogorod, estrechamente bloqueada, domara el hambre las últimas veleidades de resistencia y

provocara las últimas defecciones. En Enero de 1479 mandó comparecer á los diputados novogorodenses y les confirmó sus condiciones. Cuando salían para Novogorod mandó correr tras ellos. Se les dijo que el gran príncipe exigía nuevos distritos, «pues si no, el soberano no podría sostener su autoridad en su patrimonio de Novogorod la Grande». Por fin se firmó el tratado: garantizaba á los novogorodenses sus vidas, sus bienes, la exención del servicio militar en el interior del imperio; consagraba el derecho de apelación á Moscou. Al retirarse se llevó Iván III la campana de la *vetché* y numerosos prisioneros, entre ellos á Marfa Boretska.

Los restos del partido republicano no pudieron resignarse; sus intrigas con Polonia provocaron nuevas represalias. En 1481 se torturó y ajustició á varios boyardos y se trasladó á Moscovia á 8.000 novogorodenses, que fueron sustituidos por 8.000 moscovitas. De modo que Novogorod había perdido sus libertades, su imperio y hasta su población. Pronto perdió su prosperidad; en 1495, á consecuencia de una contienda con los Porta Espada, Iván III mandó prender en Novogorod á unos comerciantes estonios y confiscar sus mercancías. Los mercaderes no parecieron por la ciudad en muchísimo tiempo.

Pskof había sido más prudente y dócil que su hermana mayor. El gran príncipe no tocó su constitución, que era con poca diferencia la misma que la de Novogorod. Le dejó la *vetché* y la campana. Al otro extremo del imperio novogorodiano, Viatka quedó reducida á «buena ciudad».

Á la sazón el imperio de Moscou, heredero del de Novogorod, limitaba al Oeste con Lituania; al Norte era ribereño del mar Blanco y del mar Glacial; al Este tocaba con los montes Urales. En 1499 los vaivodas de Iván III franquearon sus desfiladeros, en un invierno rigurosísimo, con trineos tirados por perros, é invadieron los territorios de los vogulos y ugros, hermanos de los húngaros. Por esta parte se abría un nuevo mundo para los rusos.

LUCHA CONTRA LAS HORDAS.—Á pesar de la disolución del imperio mongólico, la Gran Horda (Horda de Oro ó *Kip chak*), soberana

de Rusia, subsistía aún en el bajo Volga, alrededor de Saray. De esta Horda, en tiempo de Basilio el Ciego, habían salido un tal Ulu Makhmet, que fundó el kanato de Kazán, á cuyos soberanos daban los rusos el título de *zares*, y un tal Asi, que fundó el kanato de Crimea. De un aldeano que le había salvado la vida, tomó Asi su nuevo nombre de Ghirei, que llevaron todos los príncipes de su dinastía. Nogai dió el suyo á las tribus tártaras que vagaban por el Don y fundó el kanato de los nogais.

La Gran Horda y la Horda de los nogais estaban formadas principalmente por turcos nómadas. Los kanatos de Kazán y de Crimea presentaban una formación etnográfica de las más curiosas. El primero extendía su dominio sobre los antiguos pueblos fineses que encontramos instalados en aquellas regiones desde su origen: votiakos, cheremis, chuvaches, mordves y bachkyres. Kazán había tomado en el Volga la importancia que en otro tiempo tuvo Bolgary la Grande, entonces arruinada; lo que se llamaba tártaros de Kazán era una mezcla de los antiguos búlgaros del Volga, de churaches y de inmigrantes mongoles. En general, los tártaros no eran solo los tártaros de origen, sino todos los indígenas convertidos al islamismo. El kanato de Crimea abarcaba, también con el nombre de tártaros, no solo á los turcos emigrados de Asia, sino á todos los antiguos pueblos del Sur: descendientes de los kazaros, que habían conservado el judaísmo bajo las formas *karaim* ó *karaité*; descendientes de los colonos griegos, que habían abjurado del cristianismo, y por fin descendientes de los godos, que habían dejado allí las invasiones del siglo IV. En aquella época aun había iglesias cristianas en los barrancos cercanos á Bakhtchi Serai; un príncipe judío-karaita ocupaba la fortaleza de Chufut-Kalé (*Ciudadela de los judíos*); otro judío era príncipe de Tamán; en Mangup-Kalé había una colonia y un príncipe godos. En el siglo XVI todavía se hablaba un idioma gótico en aquel distrito.

Todos aquellos zaratos, kanatos y hordas estaban entonces entregados á la anarquía; había lucha de los kanes y zares contra la oligarquía de los *murzas*, *tzare-*